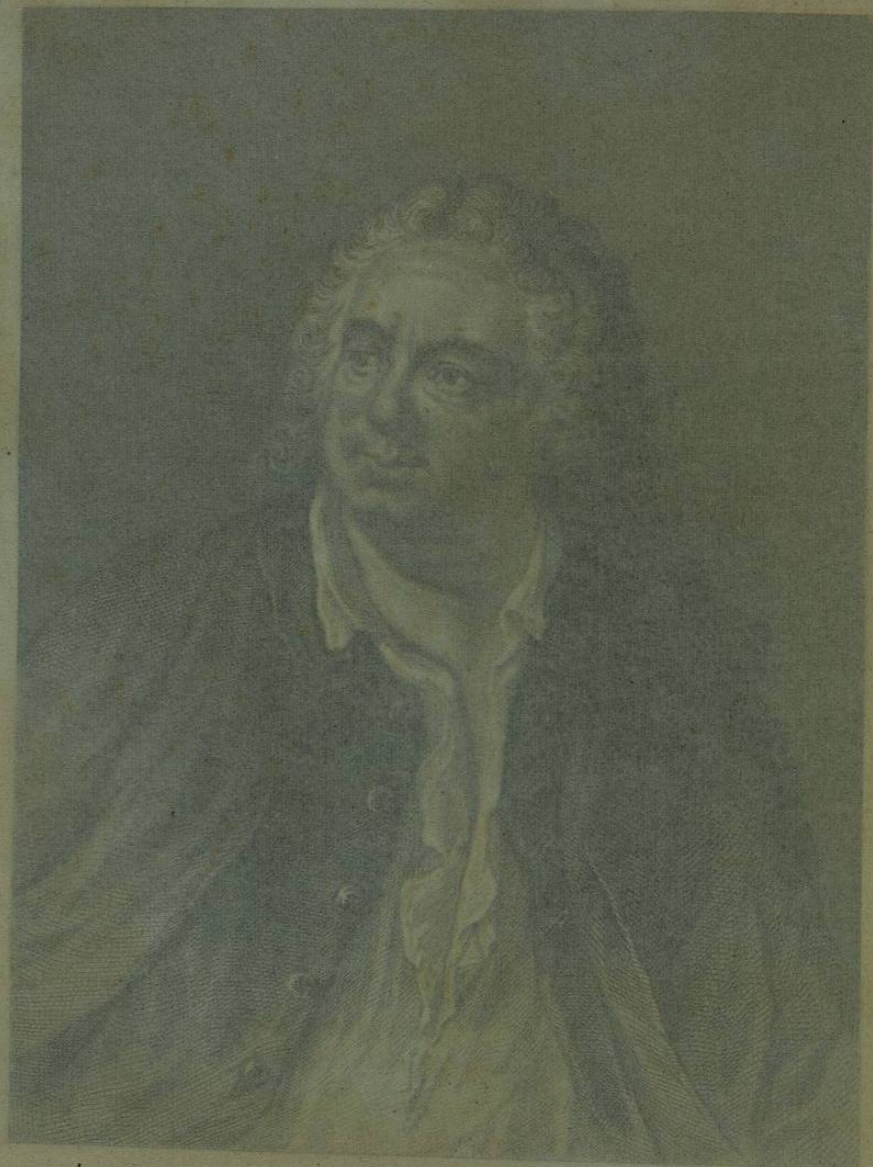


JUAN BAUTISTA ROUSSEAU

Luis XIV envejecía entre toda suerte de desgracias sobreviviendo á lo que se ha dado en llamar *su siglo*. Habían muerto casi en su totalidad los grandes escritores, lo mismo que los grandes generales. Se perdían batallas en Flándes, se daban preeminencias á los bastardos del rey sobre los duques, se aplaudía á Campistron. Entónces, en medio de aquella decadencia, empezó á brillar un poeta ilustre, el *gran lírico frances*, como todavía dicen algunos.

(Juan Bautista Rousseau nació en París en 1669 ó 1670. Era hijo de un zapatero y ciertamente hubiera cambiado de padre con mucho gusto. Desde muy jóven sintió vehementes deseos de salir de tan baja condicion. No se sabe de cierto cómo fueron sus primeros años; él se guardó muy bien de hacerlo público, habiéndose impuesto expresamente el olvido de su infancia que miraba como una vergüenza. Como se ve, Juan Bautista no imitaba á Horacio. Sin embargo, era poeta lírico. Conoció á Boileau que ya era viejo y de él recibió consejos y tradiciones. Supo introducirse en la sociedad de algunos grandes señores que le protegieron, como el baron de Breteuil, Bonrepeaux, Chamillart, Tallart, y áun fué con este último agregado á la embajada de Inglaterra. Hizo para el teatro algunas comedias frías y compuso epigramas obcesnos que llamaba el *Gloria Patria* de sus salmos, de los salmos que el mariscal de Noailles le habia encargado para la corte.

(Su existencia literaria no dejaba de ser considerable. Era miembro de la Academia de inscripciones y la opinion le designaba para la Academia francesa como presunto heredero de Boileau. En suma, todo anunciaba que Juan Bautista Rousseau iba á ocupar uno de los



J. B. ROUSSEAU

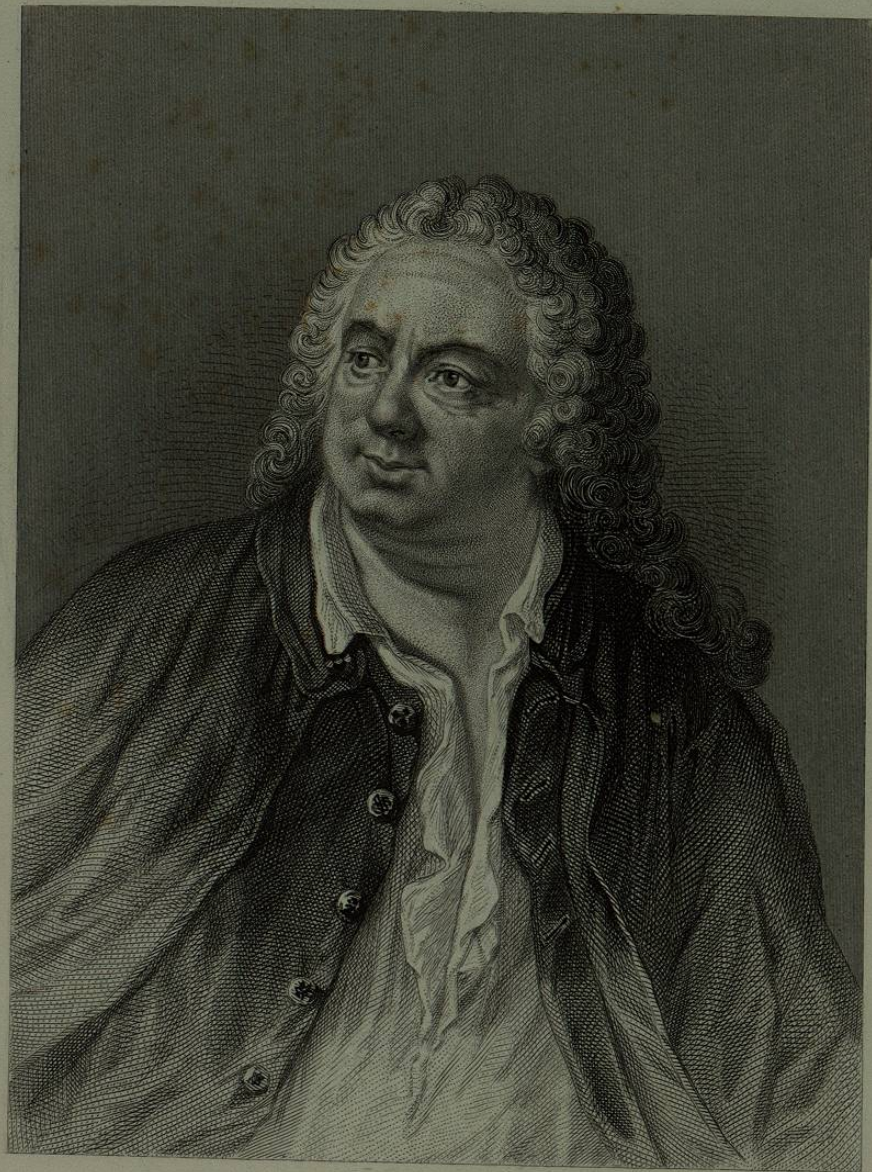
Garnier Freres, Editeurs.

JUAN BAUTISTA ROUSSEAU

En el XIV se veía sí, toda especie de desgracias sobreviviendo á la que se ha dado en llamar el siglo de oro. Habían muerto casi en su totalidad los grandes escritores, lo mismo que los grandes generales. Se perdían batallas en Flándes, se daban preeminencias á los bastardos del rey sobre los duques, se aplaudía á Campistron. Entónces, en medio de aquella decadencia, empezó á brillar un poeta ilustre, el *gran lírico francés*, como todavía dicen algunos.

(Juan Bautista Rousseau nació en Paris en 1669 ó 1670. Era hijo de un zapatero y ciertamente hubiera cambiado de padre con mucho gusto. Desde muy joven sintió vehementes deseos de salir de tan baja coudicion. No se sabe de cierto como fueron sus primeros años; él se guardó muy bien de hacerla pública, habiéndose impuesto expresamente el sídido de su infancia que miraba como una vergüenza. Como se ve, Juan Bautista no imitaba á Horacio. Sin embargo, era poeta lírico. Conoció á Boileau que le enseñó y de él recibió consejos y tradiciones. Supo introducirse en la sociedad de algunos grandes señores que le protegieron, como el baron de Breteuil, Bourpcaux, Chamillart, Tallart, y aun fué con este último agregado á la embajada de Inglaterra. Hizo para el teatro algunas comedias frías y compuso epigramas obscenos que llamaba el *Gloria Patria* de sus salmos, de los salmos que el mariscal de Noailles le había encargado para la corte.

(Su existencia literaria no dejaba de ser considerable. Era miembro de la Academia de inscripciones y la opinión le designaba para la Academia francesa como presunto heredero de Boileau. En suma, todo anunciaba que Juan Bautista Rousseau iba á ocupar uno de los



J. B. ROUSSEAU

Garnier frères, Editeurs.

Imp. Marguerite, Paris.

primeros puestos, si no el primero, en la República de las letras, con La Motte, Crébillon, La Fosse, Duché, La Grange-Chancel, Saurin, miembro de la Academia de ciencias, y otros. Esto sucedía al rededor de 1710.

Pero, como dice él mismo con elegancia perfecta, se había *encañado* con la vida del café Laurens que estaba en la calle *Dauphine*, no distante del Teatro Frances. De aquella época datan los cafés, que reemplazaban ventajosamente á las tabernas en que Chapelle y Boileau se habían embriagado sin escrúpulo. La moda del café no había pasado como lo predijo madama de Sévigné; muy al contrario, debía ejercer una grande influencia sobre el siglo XVIII. Tomo por testigo á Voltaire tan aficionado á las delicias del moka.

El café de la viuda Laurens era casi un club político; allí se daban y se comentaban las noticias de la corte y se juzgaban las producciones de los literatos. La literatura, las artes, la política y la murmuracion eran la comidilla de los concurrentes. Juan Bautista, despues de algunos ensayos líricos de escaso mérito, hizo representar en el Teatro Frances, en 1696, la comedia de *el Adulador*, que tuvo poco éxito, y en 1700 la de *el Caprichoso*, que tuvo ménos aún. El autor de ambas piezas atribuyó el fracaso á los del café y se vengó escribiendo contra ellos unas groseras coplas que fueron reconocidas como suyas, unánimemente, por la forma. El escándalo fué grande; el poeta se *desencariñó* de su café y negó la paternidad de los versos que se le atribuan, lo que dió pié á alguno de sus adversarios para decir que negaba á sus hijos como había renegado de su padre. De tiempo en tiempo se encontraban por debajo de las puertas ó encima de las mesas nuevas coplas anónimas y toda clase de versos clandestinos; esta pequeña guerra duró más de diez años y con ella empezó el siglo. Por último, en 1710, se hicieron públicas unas nuevas coplas, tan infames, que deben atribuirse á los enemigos de Rousseau, los cuales sin duda las harian adrede para comprometerlo y deshonrarlo. Pero Rousseau esta vez no se contentó con negar que fueran suyas sino que se las achacó á Saurin; este las repudió igualmente, lo que dió motivo á un proceso por difamacion y á un acuerdo del parlamento desterrando del reino para siempre á Juan Bautista Rousseau. Lo cierto es que las últimas coplas habian producido indignacion general.

Juan Bautista tenía cuarenta y dos años; por largo que fuera entonces el noviciado de un poeta, su educación lírica debía estar acabada. Ya había compuesto algunas odas, y su odio á La Motte que las componía también no había dejado de contribuir á determinar su vocación laboriosa y tardía. ¿Qué es pues un poeta lírico? ¿Podía tener Rousseau la pretensión de serlo, dados sus gustos y la naturaleza de su espíritu? ¿Pudo descubrir en sí mismo disposiciones líricas hácia 1710?

Un poeta lírico es un alma sencilla que pasa cantando por el mundo; esta alma puede entonar los más contrarios sonos, según el medio en que vive, según las corrientes y los tiempos. Cuando flota entre un pasado gigantesco y un porvenir deslumbrante, el alma del profeta exhalará gemidos por la época que acaba y por la ley que se extingue, ó saludará con verdadero amor la aurora que anuncia la venida triunfal de días mejores. En épocas ménos grandes, pero bellas aún y más puramente humanas, cuando los reyes son héroes ó hijos de héroes, cuando los semidioses acaban de desaparecer y no se han olvidado, cuando la fuerza y la virtud son una misma cosa y el más rápido en la carrera ó más diestro en la lucha es el más piadoso, el más valiente, el mejor, entonces el poeta lírico, verdadero sacerdote como el estatuario, cantará con armonía solemne la alabanza de los vencedores, dirá los nombres de los corceles y si son de generosa raza, hablará de los antiguos y de los fundadores de ciudades, reclamando coronas de laurel ó copas cinceladas ó tripodes de oro. Será lírico también, aunque con ménos grandeza y ménos gloria, el que viviendo en los ecios de la opulencia ó en el sosiego de la abundancia, cante las delicias de la vida y la aparente gloria de un tirano. Y en todas las épocas de renovación, en todos los siglos turbulentos, será lírico el que penetre el sentido profundo, la ley sublime de las tempestades sociales ó políticas, respondiendo á los accidentes ciegos con un eco inteligente y sonoro; ó el que, en los días agitados de revolución y de trastorno, se recoja en sí mismo formándose un mundo aparte en la esfera de las ideas y los sentimientos, mundo armonioso ó anárquico, sereno ó funesto, de consuelo ó de desesperación, un cielo, un caos ó un infierno. Todos estos son líricos y deben figurar en el número de aquellos cuyos nombres adora la humanidad.

Pero estamos lejos, muy lejos de Juan Bautista que no fué nada de esto. Hijo vergonzante, obscuro en sus propósitos, de costumbres equívocas, vano, clandestino, malicioso, habría podido componer bonitas canciones para el *Temple* si hubiera tenido más sensibilidad, más naturalidad y más molición. Se ha dicho en su honor, que rehusó un destino cuando le fué ofrecido por el ministro Chamillart; Chaulieu le ha felicitado por su independencia. Pero su negativa más parece inspirada por su afición á los garitos y á la licenciosa vida parisiense que por principios de independencia honrada. Sin decir que fuese decididamente un mal sujeto; sin tocar la cuestión, discutida pero no aclarada, de las coplas que ocasionaron su destierro, podemos asegurar que fué un corazón bajo, un carácter díscolo y ambiguo, un hombre nacido para la domesticidad de los grandes señores. Agreguemos á esto que carecía de genio y que era un rutinario.

Después de salir de Francia en 1712, durante aquellos treinta años *dignos de lástima* que siguieron á los treinta años *dignos de envidia*, fué protegido sucesivamente por el conde de Luc, por el príncipe Eugenio, por el duque de Aremberg, y procuró modificarse para merecer los favores de que vivía y restablecer su comprometida reputación. En la insignificante correspondencia que sostuvo con Olivet, Brossette, Des Fontaines y Boutet, se nota un gran aparato de principios morales, un verdadero alarde de principios religiosos y un carácter antifilosófico muy pronunciado. Suponiendo sincera esta conversión, es extraño que Rousseau no sacara más partido en su poesía de este género de sentimientos, siendo quizá la única cuerda lírica capaz de vibrar en aquel tiempo. Los acontecimientos exteriores sólo se distinguían por su pequeñez y su pobreza; la guerra se hacía miserablemente sin alcanzar siquiera el brillo de los desastres; las querellas religiosas eran pueriles y sin elocuencia, aunque á veces ruidosas; las costumbres infames; la sociedad y el trono habían llegado á ser presa de los gusanos y la podredumbre. Se veía con evidencia la ruina inmediata del antiguo régimen, la religión en peligro, todo precipitándose en un porvenir malo y fatal. Así á lo ménos lo decían y lo sentían los partidarios del último reinado y los restos del mismo, como por ejemplo, Daguesseau y Racine hijo. Ahora bien; sin hacer una hipótesis gratuita, sin pedir á los hom-

bres más de lo que su siglo podía darles, se concibe, me parece, en aquella atmósfera de recuerdos y afectos, un alma tierna, austera, casta, asustada del contagio creciente y del desbordamiento filosófico, fiel al culto de la monarquía de Luis XIV, bastante ilustrada para separar la religión del jansenismo y que, alarmada antes de la tormenta por presentimientos dolorosos, gimiera tristemente; algo, en una palabra, como Luis Racine, con toda su honradez pero con más talento. Rousseau no supo llenar esta misión de la que no era digno. Había recibido como letra muerta las tradiciones del reinado que concluía. Se aferró á él obstinadamente, porque sus antipatías literarias le inducían á ello. Fué partidario del último siglo porque sus rivales eran del siglo nuevo. En las poesías de moda criticaba las malas rimas antes que los malos principios y el mal gusto. No había pues en Rousseau ningún sentimiento verdadero, ni del pasado, ni del presente; su espíritu era un espejo en el que nada se reproducía, que no reflejaba nada. Sin originalidad, sin viveza de recuerdos, tan lejos de los coros de *Esther* como de los versos fechados en Filisburgo, fué el ménos lírico de los hombres en la ménos lírica de las épocas.

Con un autor tan poco espontáneo como Juan Bautista, en quien todo es producto del trabajo y nada absolutamente de la inspiración, es conveniente averiguar antes del exámen de sus obras, en qué ideas se inspiró y cuáles fueron su crítica y su poética. Bastarán dos palabras. El bueno de Brossette, uno de los partidarios del difunto Despréaux y especie de corredor literario que adulaba á los escritores distinguidos para hacer colecciones de sus cartas y recibir ejemplares de sus obras, escribió á Juan Bautista para señalarle como un descubrimiento en su *Oda á la Fortuna*, un pasaje que le pareció imitado de Lucrecio. Juan Bautista le respondió: « Es muy cierto lo que habéis notado; yo tuve presente el pasaje de Lucrecio: *quo magis in dubiis*, etc., en la estrofa que citáis de mi *Oda á la Fortuna*; y os confieso que estoy más satisfecho de la manera de apropiarme el pensamiento de ese antiguo, que lo estaría de ser yo mismo el autor. La razón es muy sencilla: la expresión es la que hace al poeta, no el pensamiento que corresponde al filósofo y al orador como él ». Como se ve, la confesión es formal. Ahora se comprende con cuánta razón decía Saurin que consideraba á Rousseau como *el primero entre los*

plagiarios. Los juicios de Rousseau correspondían á su poética; no tenía discreción, carecía sobre todo de sutileza. Gustaba de Regnier, era su admirador; pero, poniéndole casi á la altura de Malherbe, dice que *no le faltó más que la dicha de nacer en tiempo de Luis el Grande*. Llama á Gresset un *genio superior* no censurándole más que sus rimas. No ve nada *más elevado ni más lleno de furor y de sublimidad* que los versos de Duché, lo cual no le impide escribir á propósito de Mochesnay: No conozco á nadie que en el día (1716) haga mejores versos que los suyos (*¡ Mochesnay !*). Al mismo tiempo que decía estas cosas, trataba con menosprecio profundo al autor de *El diablo cojuelo*: « El autor, escribía Rousseau, debe asociarse á los que bailan en la cuerda floja: así estará en su legítima esfera ». Refugiado en Brusélas (1724) suplicó á su amigo el abate de Olivet que le enviase tragedias de Duché, La Fosse, Péchantré, La Chapelle, Rotrou y Campistron. Si Rotrou no figurara en la lista, sería más completa, más significativa, más picante.

Veamos ahora las obras de Juan Bautista.

Dejemos á un lado su teatro y pasemos á sus alegorías. Lo fantástico, en Francia, había degenerado en todas las artes en el siglo xviii. De brillante, de gracioso, de grotesco ó de terrible que había sido en la Edad média y en el Renacimiento, se había tornado frío, pesado, superficial. Lo fantástico no es, no debe ser otra cosa, que una reminiscencia, un capricho, un relámpago que brilla sobre una frente serena; es un juego en la superficie cuyo invisible resorte yace en lo más hondo del alma de la musa. Que los fáciles y súbitos movimientos de esta alma se entorpezcan ó se pierdan, que el juego de la fisonomía parezca de conveniencia y calculado, que se ría, se apostrofe, se hagan gestos intempestivos, y la musa se convierte en una dama á la moda, tonta, gazmoña, insoportable. Esto fué lo que le sucedió al arte en el siglo décimoctavo. Lo más fantástico, lo que debía ser más delicado é intangible, fué lo más desfigurado y más desconocido. Se hicieron entonces *Las alhajas indiscretas*, las metamorfosis de *la Doncella*, la *Espumadera*, el *Sofá* y aquellos cuentos de Voisenon en los que los hombres y las mujeres se cambiaban en anillos y sufrían todo género de transformaciones materiales. Solamente Cazotte recordaba un poco por su ingenio la gracia frívola de Hamilton; pero no se estaba

ménos distante del Ariosto, de Rabelais y de Juan Goujon que de Miguel Ángel. Podemos hacer otra justicia á Juan Bautista Rousseau : la de que fué el hombre de ménos fantasía en la ménos fantástica de las épocas. Sus alegorías son triviales, metafísicas, falsificadas, secas, laberínticas; no les falta ni un solo defecto. Ahí están, si no, *La Gruta de Merlin*, *Torticolis* y tantas otras; léalas quien quiera y entiéndalas quien pueda. El estilo, con un lenguaje erizado de griego, parece forjado en el yunque de Chapelain; no se sabe por dónde tomarlas y yo diría de buena gana de tales alegorías lo que decia Saint-Simon de M. Pussort : que son *un haz de espinas*.

Se nos dirá que las canciones y las odas son los títulos de gloria del *gran lírico*. Paciencia, que todo se andará. — Las odas son ó sagradas ó políticas ó personales. Cuando se ha leído la Biblia, cuando se ha comparado al texto de los profetas las paráfrasis de Juan Bautista, no se acaba de comprender cómo no arrancó algun fragmento grave, algo de noble, de aquel arsenal inagotable y sublime. Se admira, al contrario, la facilidad y la frecuencia con que redujo, amenguó, desconoció las bellezas que ante los ojos tenía. En sus imitaciones de los profetas dejó de imitar precisamente lo más nuevo y más bello del original.

La oda política no tiene en Rousseau ningun carácter; pero debemos reconocer que no es sólo falta suya, sino de los hombres y acontecimientos que celebra. El nacimiento del duque de Bretaña, la muerte del príncipe de Conti, la guerra civil de los suizos en 1712, el armamento de los turcos contra Venecia en 1715 y aún la batalla de Peterwaradin, son cosas que en su tiempo tendrían sin duda más ó ménos importancia, pero que no tienen ninguna á los ojos de la posteridad. En vano se esfuerza el poeta por entusiasmar y provocar el delirio y el dolor; es cosa de reirse oyéndole exclamar en el pindarismo de su desconsuelo, con motivo de la muerte del príncipe de Conti :

Pueblos que derramáis llanto profundo
Deplorando del príncipe la muerte,
Acercaos y ved la triste suerte
De los grandes del mundo!

No se contentó Rousseau con poner un entusiasmo falso, un pindarismo exterior en sus odas políticas para reanimarlas, dando á los

asuntos artificioso aliento; llevó los mismos artificios á los temas personales más íntimos y domésticos. Enferma el conde de Luc, y Rousseau se alarma y se conmueve; quiere decirselo á su protector y deseárselo una rápida convalecencia; pero en vez de dedicarle con tal motivo unos versos sentidos y afectuosos, prefiere exhumar de Píndaro una oda á aquel rey de Siracusa que, vencedor en los juegos píticos por su caballo Ferénico, no pudo recibir personalmente el premio, por enfermedad. Las digresiones mitológicas sobre Quiron, Esculapio, etc., son largas, naturales y muy en su lugar en la pindárica oda, no en la imitación de Juan Bautista. Hay en esta, hácia el fin, una bonita, comparación del poeta con la abeja, pero está tomada de Horacio y debilitada. En cuanto á la armonía tan alabada de este simulacro de oda, es la natural del metro empleado, pero no inventado, por Rousseau, metro del que no saca todo el partido posible. Rousseau no inventa nada; se atiene á las estrofas de Malherbe, no poseyendo el genio de la construcción rítmica. Si rima con cuidado lo hace casi siempre á costa del sentido, á expensas de la precisión. La rima no le da nunca la imágen como les sucede á los poetas de veras; él la rebusca entre perífrasis y epítetos. Felicitémosle sin embargo por haber protestado con Piron, La Faye y algunos otros, contra las violaciones deplorables de forma predicadas por La Motte y autorizadas por Voltaire. La más bella de las odas que se deben á J. B. Rousseau es sin duda la que hizo Le Franc sobre su muerte; su mejor pieza lírica es su epitafio. Nadie mejor que Juan Bautista para confirmar aquello de : *Falto de ideas, se decidió á hacer una oda*.

Las canciones de Rousseau tienen todavía cierto renombre; algunas pasan por bellos trozos de poesía musical, no siendo más, á nuestro juicio, que comparables por la armonía á medianos coros de *libretto*. Carecen de ritmo, no tienen arte ni aún en los célebres versos en que hormiguean los *temibles*, los *terribles*, el *furor*, el *horror* y el *terror*.

Para escribir con genio hay que pensar con genio; para escribir bien basta cierta dosis de sentido, de imaginación, de gusto. La prueba de ello es Boileau : imita, traduce, arregla á cada instante las expresiones é ideas de los antiguos, disponiéndolas y presentándolas sobre un fondo comun que les es propio : su estilo tiene un color, tiene una

forma: Boileau es buen escritor en verso. El estilo de Rousseau, al contrario, ni es sostenido, ni forma una misma y sola trama. La estrofa que comienza con más brillo termina decayendo; la metáfora que más promete aborta; la imágen de más mérito se despega de lo que la rodea como plata sobre estaño. Yes que lo bello, lo brillante, lo bueno de Rousseau, pertenece á Platon, ó á Píndaro, ó á Boileau, ó á Racine; ideas que se apropia como hacen los retóricos cuando se apoderan de una buena frase y la colocan á la fuerza en el próximo discurso. Lo que está bien en Rousseau es lo prosaico, lo comun, el mal gusto, la declamacion en el vacío. Á decir verdad, el estilo de Rousseau no existe.

Nuestra opinion acerca de Juan Bautista es dura, pero sincera. La precisaremos más. Si un jóven de veinte años llegara en estos tiempos de cualquier rincon de las provincias con un manuscrito que contuviera el *Cántico de Ezequías*, la *Oda al conde de Luc* y la *Cancion de Circe*, ó cosas equivalentes, despues de echar una ojeada sobre estas tres obras, diríamos, ó al ménos pensaríamos: « Este jóven no está desprovisto de la costumbre de hacer versos; ya ha debido quemar muchos. Siente bastante bien la armonía de los detalles; pero su estrofa es amasacotada y su verso simétrico. Su estilo tiene gravedad, alguna nobleza, pero pocas imágenes, poca consistencia y ninguna originalidad. Hay buenos rasgos, pero son ajenos. Lo peor es que el autor carece de ideas y se arrastra por todas partes en su busca. Necesita trabajar mucho, porque faltándole en absoluto el genio, sólo á fuerza de estudio hará algo de provecho. »

¿ Qué quedará pues de Juan Bautista Rousseau? Una treintena de epigramas bastante obscenos y laboriosamente fáciles; poco más ó ménos lo que queda de Mellin de Saint-Gelais.

Mezclado toda su vida en las querellas literarias, saludado como Crebillon con el nombre de *grande* por Des Fontaines, por Le Franc y por la faccion anti-volteriana, Juan Bautista iba perdiendo su reputacion á medida que se afirmaba la gloria de su rival y que triunfaban los principios filosóficos; llegó á ser severamente juzgado por La Harpe y Le Brun. Ya en este siglo, euando ardientes y generosos atletas se han lanzado á la palestra lirica y la han llenado con sus gloriosas luchas, el instinto bajo y envidioso, que es de todos los tiempos, ha

vuelto á sacar el nombre de Rousseau á la escena literaria para ponerlo en frente de nuestros jóvenes contemporáneos: han vuelto a dorar su envejecida gloria y á remendar su desgarrada bandera. Gacon, en nuestros dias, se hubiera reconciliado con él y llamádole *nuestro gran lírico*. Esta es la táctica poco digna, aunque eterna, que han provocado en este artículo una severidad franca y sin reserva. Si hubiéramos encontrado el nombre de Juan Bautista dormitando en tranquila média luz, nos hubiéramos guardado de poner la mano en él; sus desgracias nos hubieran desarmado y le dejaríamos en su rango y en su puesto, no léjos de Piron, de Gresset y de otros muchos que de seguro valen lo que él (1).

(1) Insertamos este artículo cuyo tono difiere de los anteriores y de los siguientes, por ser á propósito para dar una idea del paroxismo literario de la época en que se escribió (1829). Sainte Beuve no lo hubiera escrito en la misma forma algunos años más tarde. Sin embargo, el fondo de su juicio sobre las odas es casi el mismo de Vauvenargues, quien decia: « No sé si Rousseau ha sobrepujado á Píndaro y á Horacio en sus odas; si así fuere, deduzco que la oda es un mal género, etc., etc. » De todas maneras, es injusto no tomar en cuenta á Juan B. Rousseau los treinta últimos años de su vida, durante los cuales se mantuvo digno llevando hasta el fin su constancia y su firmeza, no admitiendo gracia, no queriendo volver al seno de su patria sin juicio y rehabilitacion.